



LA MONTAÑA DE LOS NIÑOS

Cuentos breves de Arteaga

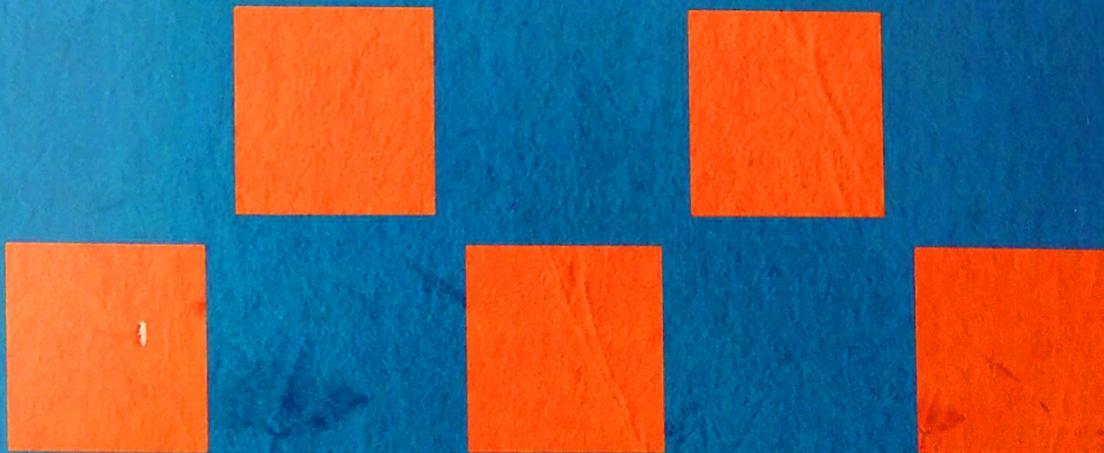




LA MONTAÑA DE LOS NIÑOS

Cuentos breves de Arteaga

Zakarías Zafra Fernández
Ilustraciones: Daniela Urdaneta



Cuentos breves de Arteaga

Textos: Zakarías Zafra Fernández

Ilustraciones: Daniela Urdaneta

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo escrito del editor.

El préstamo, alquiler o cualquier otra forma de sesión de uso de este ejemplar requerirá también la autorización del editor o de sus representantes.

Impreso en México

Printed in Mexico

Queremos imaginar juntos y llenar de colores las sonrisas de nuestros niños. Queremos un presente y un futuro de alegría, hermandad y celebración de la vida. En la A.C Salas Barajas unimos nuestros esfuerzos para construir un mejor porvenir y hacer de nuestra niñez el principal tesoro. Creemos en los buenos principios y valores, en la familia, en los amigos y en los sueños compartidos. Con amor, trabajamos para hacer posible un nuevo mañana para todos.

Hoy reafirmamos nuestro compromiso con la comunidad de Arteaga y entregamos todo nuestro entusiasmo a la hermosa causa de la imaginación, la convivencia y la creatividad.

Luz del Carmen López
Presidenta de la AC. Salas Barajas



Contenido

Los amigos del río	7
El lugar del tesoro	55
Bailar para la lluvia.....	121



Los amigos del río



A hand-drawn illustration of a wooden signpost. The sign is rectangular with a black outline and a light brown, textured background. It is mounted on a dark brown wooden post. The text on the sign is written in a black, cursive script. At the bottom of the post, there are green, stylized bushes or grass. The entire scene is set against a solid orange background.

cuidado con
los chaneques

Para nadie era un secreto que en los parajes del río Toscano vivían los temibles chaneques. Era un cuento que todos los habitantes del pueblo conocían, especialmente los niños, quienes no se atrevían a acercarse. Es verdad que nadie había visto uno de frente, pero nadie, siquiera el más valiente, se iba a atrever a contradecir la tradición.

Era muy conocida la historia de que los chaneques, hermanos de los duendes, gnomos, elfos y otras figuras de la mitología de los paisajes, robaban las almas de los niños. Para cruzar la selva y pasar por el río, el niño debía estar bautizado, de lo contrario un chaneque pasaría y se quedaría con su alma para siempre.





Pero, ¿qué forma tenían los chaneques? ¿Acaso se parecían a los duendes de las películas? ¿Cómo lucían sus caras? ¿Eran tan feos como cuentan las historias? Todas estas preguntas se las hacía René mientras jugaba en su casa, al salir de la escuela, cada vez que veía la montaña donde estaba el río.

Desde que la maestra de historia le mandó hacer esa tarea sobre la leyenda de los chaneques, no pudo dejar de pensar en aquellos extraños seres que vivían en las montañas.

René no podía sino imaginar a un siniestro personaje de cara burlesca, con ojos diabólicos y largas uñas que podían atravesar la piel. Su mente proyectaba la imagen exacta de todo lo que había escuchado desde muy niño. Casi podía verlo con sus zapatos enanos, su cinturón de cuero estriado y su risa macabra burlándose de él.



Una noche, René despertó a medianoche con sed. Daba vueltas en la cama, intentaba conciliar el sueño, pero no podía. Después de mucho esperar, se rindió: iría a tomar agua en la cocina.



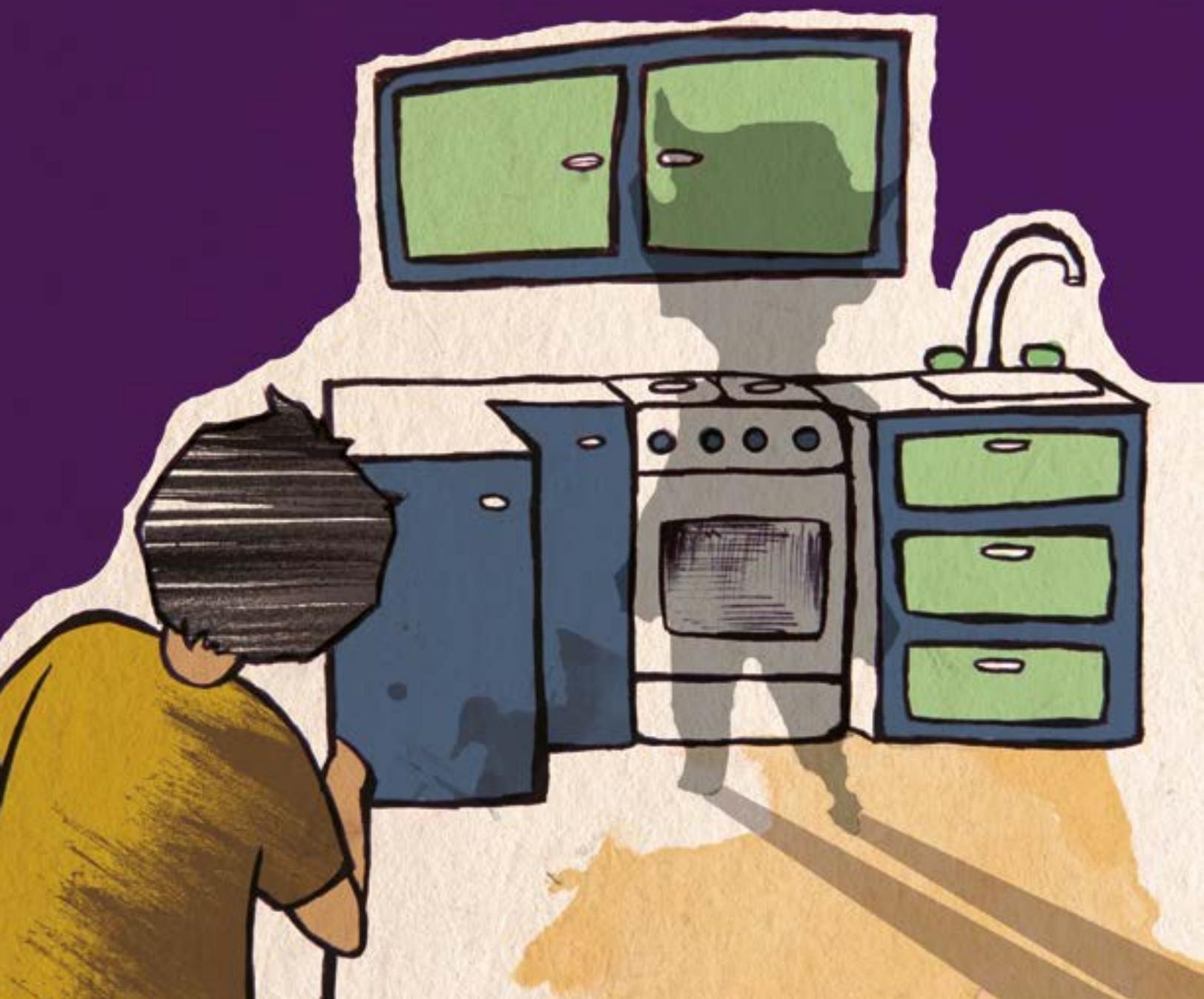




Sabía que aquello era una prueba de fuego: cruzar el largo pasillo de las recámaras, bajar las interminables escaleras y pasar el laberinto de muebles y adornos de la sala en oscuridad. Aquel viaje era solo de valientes.

Cruzó casi corriendo el pasillo y bajó contando uno a uno los escalones, sumando y restando los barrotes del pasamano con los cuadros de las paredes, como queriendo distraerse y no pensar en otra cosa que en el examen de matemáticas al día siguiente en la escuela.

Justo ahí, cuando iba a dar vuelta hacia la cocina, en la esquina de la pared que daba hacia el ventanal de sala, vio una pequeña sombra que hacía movimientos extraños y parecía mirarlo fijamente.



René ahogó un grito de miedo y, como pudo, sin mirar atrás ni pensar siquiera en lo que había visto, subió corriendo aterrorizado hasta el cuarto de sus papás para despertarlos.

–¡Papá, papá! ¡Son ellos! ¡Están aquí!

–¿Qué pasa, hijo? –dijo el padre todavía dormido, poniéndose sus gafas para intentar entender la situación.

–¡Son ellos! ¡Vinieron a buscarme!

–¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, René? ¿De qué hablas?

–¡Los chaneques, papá! ¡Los duendes del río! ¡Están aquí! –le insistía René casi a gritos.

Él sabía que aquello no podía ser un mal sueño. Aquella sombra siniestra que estaba esperándolo en la sala era real. Habían venido a buscarlo.

—¡Yo te mostraré, papá! ¡Los chaneques están aquí en la casa! — y tanto empeño puso en sus palabras que logró sacar a papá de la cama y llevarlo al lugar donde juraba haber visto al horrendo chaneque.



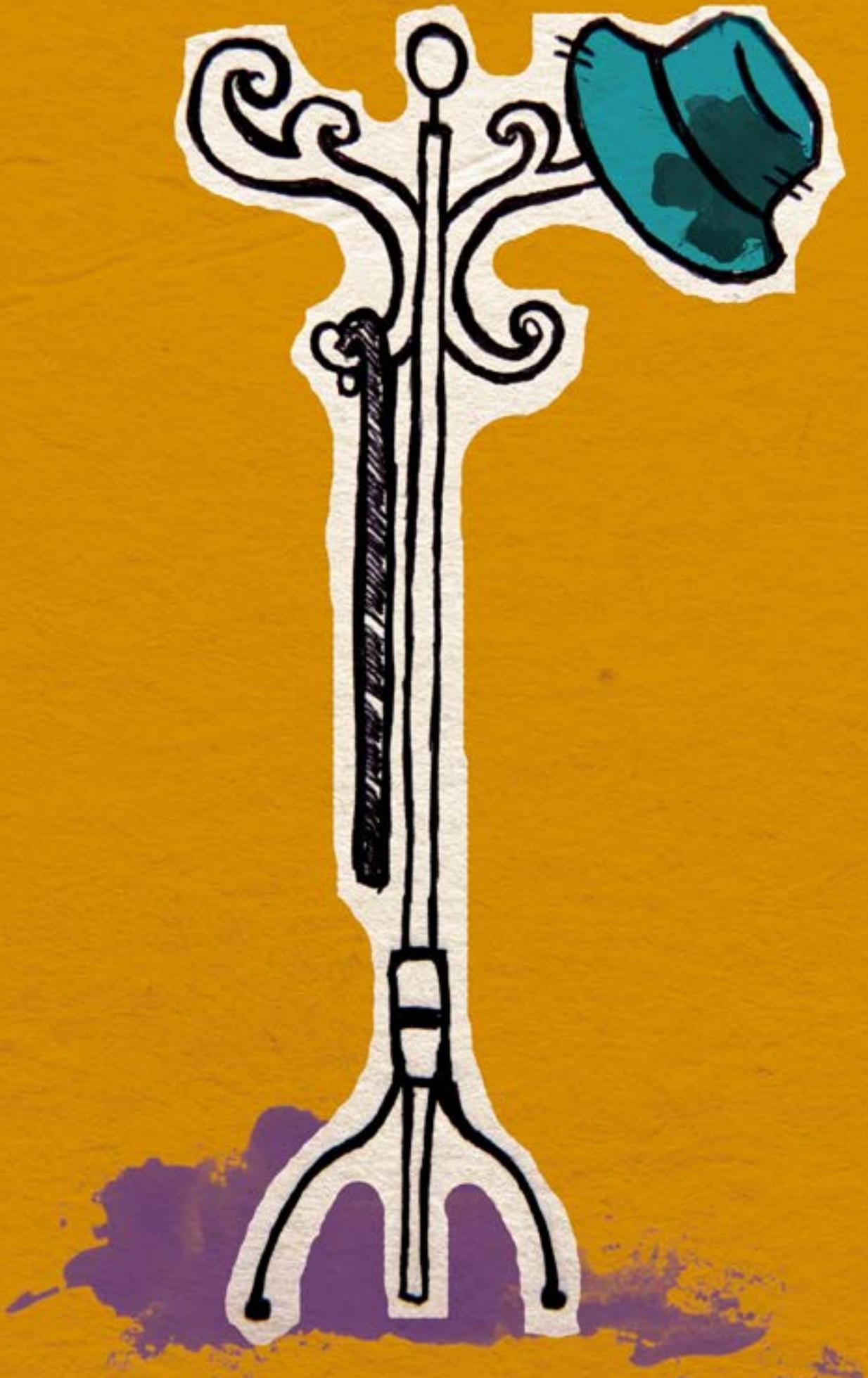


Al llegar no había nada raro, más que la danza pausada de las cortinas en medio del silencio de la noche.

René le señalaba exactamente el sitio donde había aparecido la sombra. Le juraba que no había mentido y hasta hizo una mímica de duende para demostrar lo que había visto.

Ahí estuvieron René y papá hasta que un reflejo de la luna hizo sombra sobre el viejo perchero del abuelo, y apareció en la pared la silueta con movimientos extraños y mirada desafiante que René había visto instantes atrás.

—No pasa nada, hijito. Son los sombreros y bastones del abuelo. Vamos a dormir —y lo tomó de la mano hasta su cuarto.

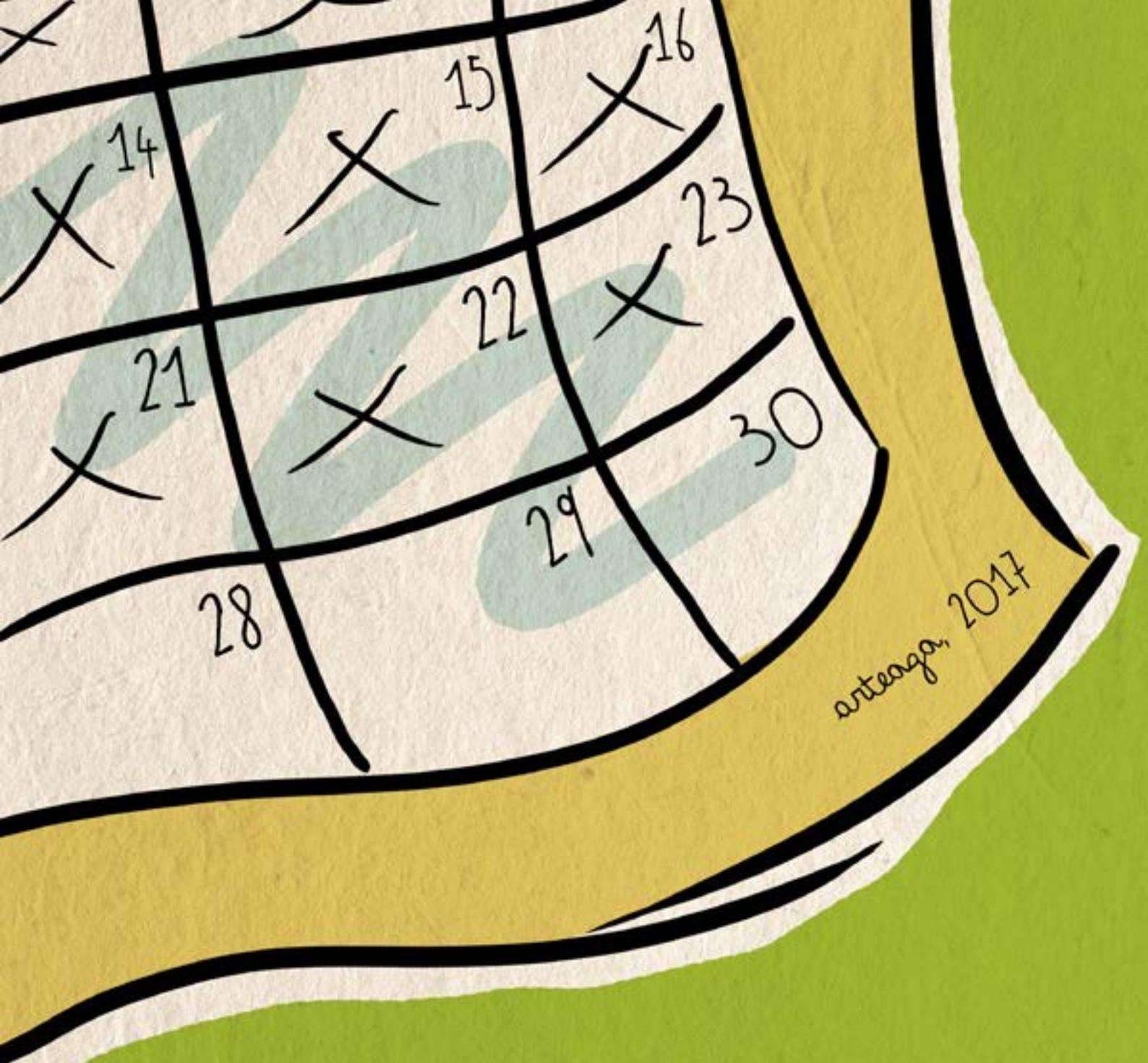




Las noches siguientes ocurrió lo mismo: pesadillas, ruidos extraños en la casa, sombras haciendo bailes irreconocibles en las paredes. Desde la ventana de su recámara veía la montaña oscura y se imaginaba ahí, asustado, corriendo para salvar su alma de la horrenda risa del chaneque.

Ya era casi el día de presentar la tarea de historia. Había pasado una semana desde que la maestra le encomendó esa difícil tarea. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no una historia sobre la música del pueblo? ¿Por qué no un poema, como le tocó a Gabriela, o un himno como le tocó a Carlitos? ¿Por qué esta historia a mí?, se preguntaba René sin tener una respuesta que lo convenciera.





Él debía escribir un cuento sobre los chaneques del río y presentarlo el viernes en la clase. Esa era su tarea. Tenía tres días para terminarlo y más vale que consiguiera un buen final. ¿Pero cómo inventarlo si ya sabía que el final era siempre el mismo? Sus miedos, además, estaban tomando formas cada vez más graves y sentía que, en cualquier momento, los chaneques entrarían a su casa y se llevarían sus juguetes, sus libros y, por supuesto, su alma.



La maestra, al ver su preocupación, le contó algo que de pronto le iluminó los ojos y el camino.

–René... Hay una parte de la historia que tal vez no sepas. Ven conmigo –y lo llevó de la mano hasta el balcón de la escuela, desde donde también se veía la gigantesca y misteriosa montaña–. Dice la leyenda que si te acercas al río y gritas tu nombre, los chaneques se ahuyentan y no regresan nunca más a molestar.



–¿Y el alma? ¿Se la llevan? –preguntó René con desconcierto.

–¡De ninguna manera! Cuando gritas tu nombre tu alma se fortalece y los chaneques regresan al río. Saben que tienes un nombre propio y que tu alma te pertenece.

Y, escuchado esto, se quedó mirando pensativo la montaña, lanzó una sonrisa y regresó al salón de clases.



El jueves salió de la escuela antes del mediodía. Es el momento –se dijo–, y se despidió rápidamente de sus compañeros de clase. Abrió su mochila y confirmó que estuvieran las galletas y el jugo de naranja que había guardado en la mañana. Era el momento: René subirá a la montaña.



El día estaba radiante y con buen clima, lo que hizo corto y agradable el camino. Mientras subía la cuesta, se detenía a tocar los árboles y mirar el pueblo desde arriba. Se sentó en la raíz de un árbol y desde ahí pudo señalar su casa, la escuela, la plaza central y la tienda donde compraba sus dulces.

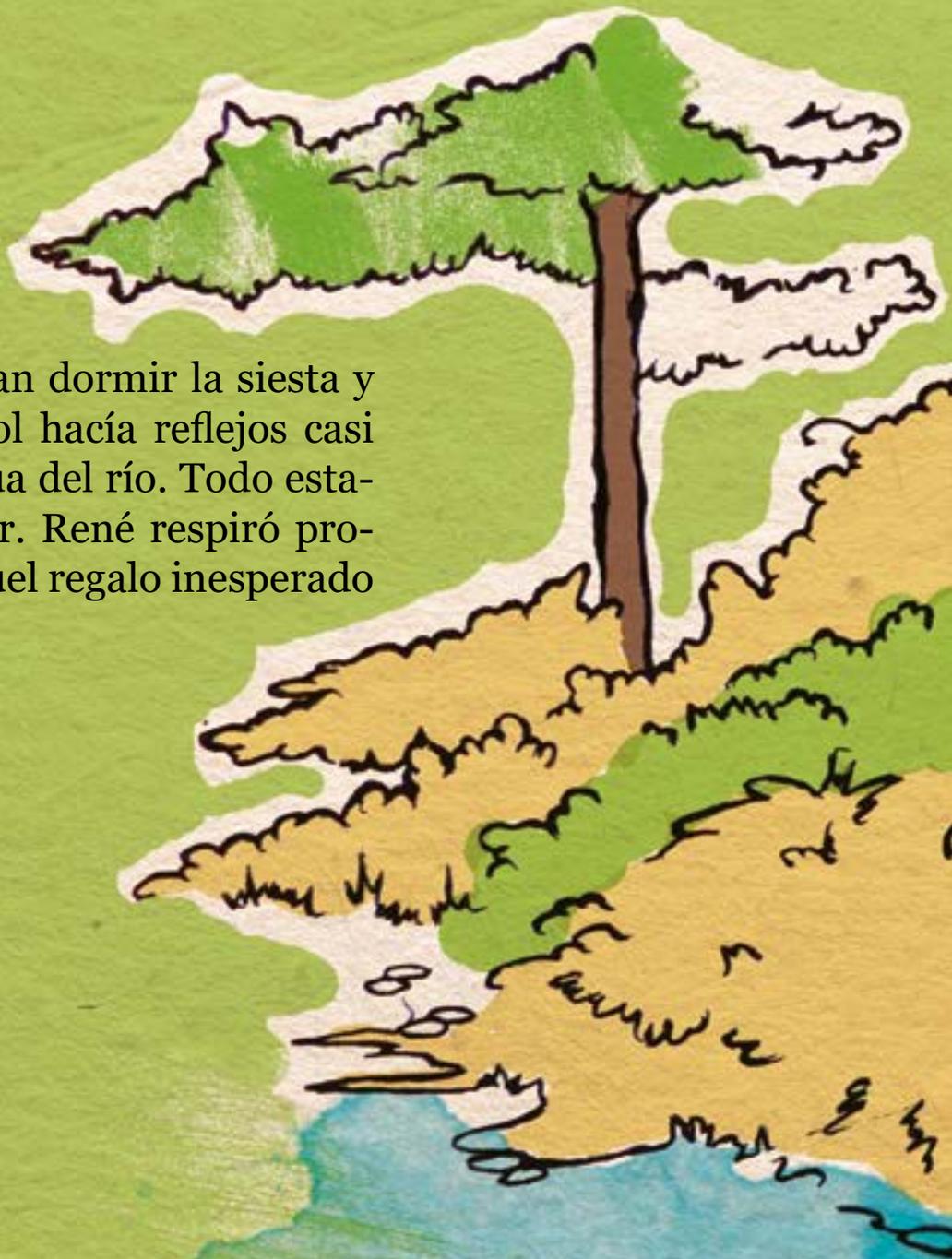
Acompañó su galleta con un sorbo largo de jugo y siguió su ascenso con el ánimo renovado. Aunque estaba encantado con aquella vista, sabía que no podía quedarse mucho tiempo antes de que sus padres comenzaran a preocuparse.

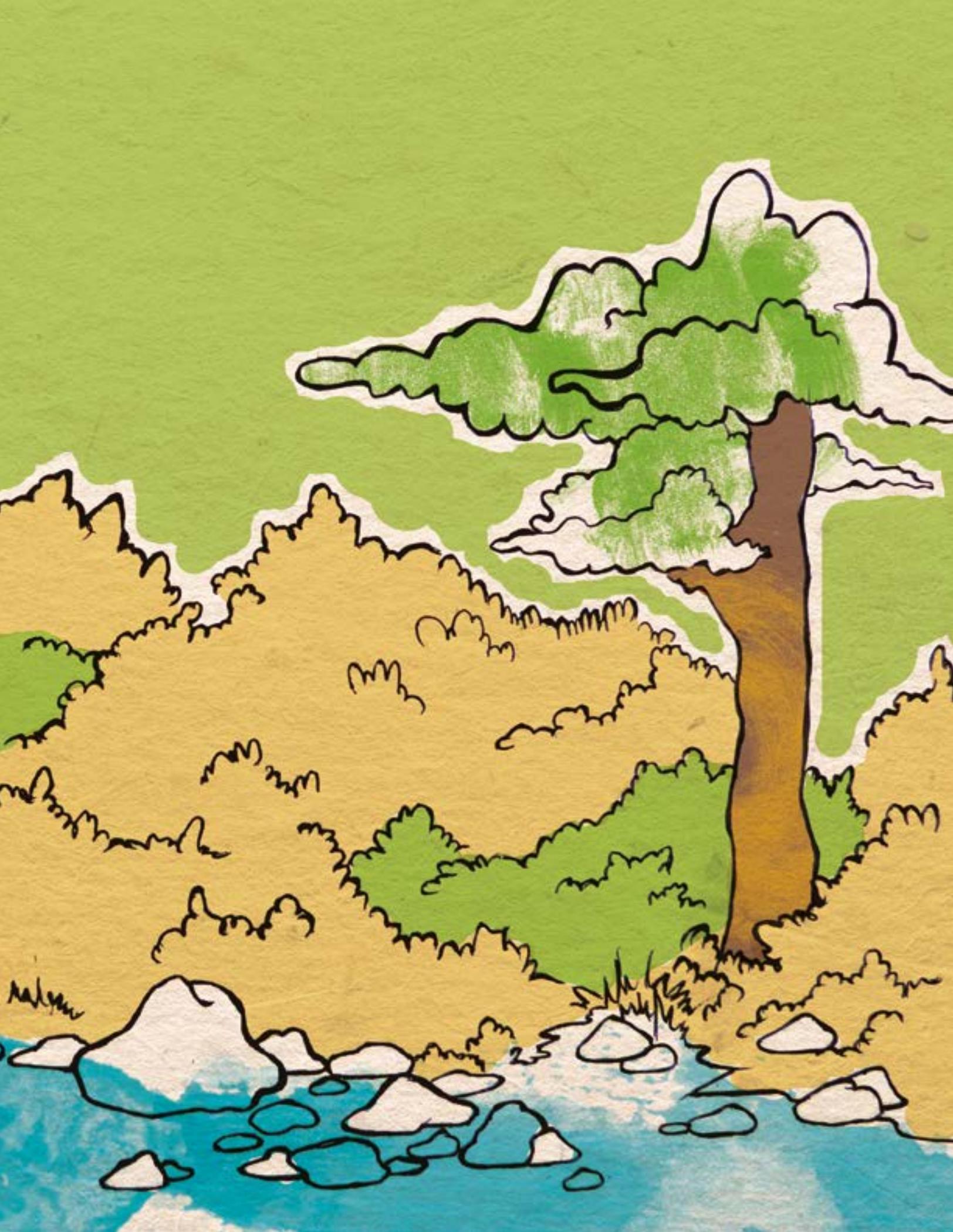




Cuando alcanzó el jardín de las higuierillas, comenzó a escuchar el sonido del río. Por un instante quiso regresar, pero miró hacia abajo y recordó todo lo que había recorrido para llegar hasta ahí. Debía quedarse más tiempo.

Las higuierillas parecían dormir la siesta y la cristalina luz del sol hacía reflejos casi musicales sobre el agua del río. Todo estaba tranquilo alrededor. René respiró profundo y sonrió por aquel regalo inesperado de la naturaleza.







Tomó una pequeña piedra y la lanzó al río. Luego se acercó para mojarse las manos.

En ese momento escuchó unos pasos muy rápidos detrás de él que parecían multiplicarse entre los árboles. Saltó de miedo, agarró su mochila y se alejó corriendo del río. Miró alrededor y le pareció haber visto un sombrero que se escondía en una de las piedras.

Es el perchero del abuelo, no, no es el perchero del abuelo, se dijo y pensó: ¡Eso es un sombrero de verdad! ¡Los chaneques están aquí!

Renée ...



De pronto recordó lo que le contó la maestra, tomó aire, se puso las dos manos alrededor de la boca y gritó con toda su fuerza:

Renéee... Re

¡RENÉÉÉÉÉ!

¡SOY RENÉÉÉÉÉ!, gritó de nuevo, y el eco de su voz se iba disipando con el río.

¡SOY RENÉÉÉÉÉ!

¡RENÉÉÉÉÉ!, y esta vez le respondió el eco de una voz que no era la suya. René retrocedió y vio un pequeño rostro que se asomaba del tronco de un árbol.



–¿Quién está ahí? –preguntó al ver que el pequeño rostro volvía a esconderse–. ¿Quién eres? ¡Sal de ahí!
Una vocecilla tímida detrás del árbol respondió:

–Soy René.

–¿René? Yo soy René –dijo René–. ¿Tú quién eres?

Y la figura fue saliendo poco a poco del árbol, dejando ver su graciosa vestimenta. Era un niño un poco más pequeño que él, con algunas hojitas en el cabello y un sombrero festivo.

–René. Ese es mi nombre. Me estabas llamando. Mucho gusto – y le tendió la mano.

–No... Yo... –titubeó René, el niño, retrocediendo con miedo–. Estaba gritando mi nombre. Dicen que eso asusta a los chaneques.

–¿Y por qué quieres asustarnos?

–¿Asustarl...? Entonces tú eres... – y cayó al suelo de un tropezón.

Ven conmigo. No te haré daño –le dijo René, el chaneque, tendiéndole una vez más la mano.





El otro René accedió, todavía con miedo, y juntos comenzaron caminar por la orilla del río. René, el chaneque, le contó que había nacido en la montaña y que tenía un castillo de madera en uno de los árboles. Le contó que todas las noches hacían juegos y que lanzaban pequeños globos encendidos que parecían estrellas. Sí, también le contó que tenían escuelas en la montaña y le dio mucha gracia saber que también él tenía una tienda favorita para comprar dulces.

¿Y dónde estaba todo aquello?, se preguntaba René, el niño. ¿Dónde se encontraba ese mundo tan maravilloso y parecido al suyo que iba relatando el chaneque?

Está más allá, a dos horas caminando de aquí, le respondió.

¿Y por qué vivían tan lejos del pueblo? ¿Por qué se creía que tan eran malos, si este niño duende parecía tan amigable?

Porque a todos nos aterra lo diferente, René – le respondió el chaneque René, sin darse cuenta de que estaba leyendo sus pensamientos–. Casi no bajamos de la montaña –continuó–; preferimos quedarnos aquí para defenderla. Nuestros padres siempre nos han contado que ustedes, los del pueblo, quieren venir aquí a robarse nuestras frutas, talar nuestros árboles y llevarse el agua del río.



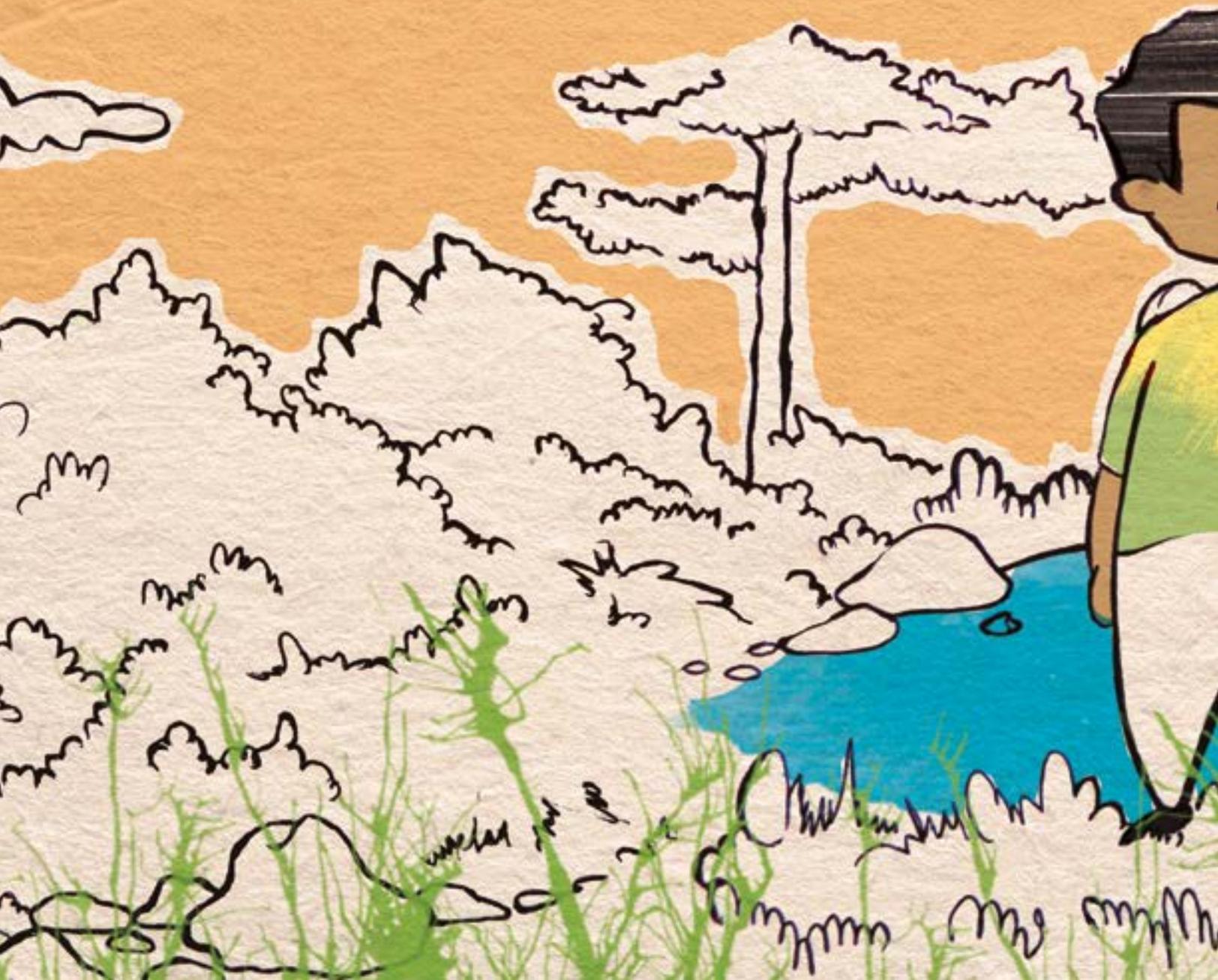
–¿Nosotros? –preguntó René asombrado–. ¡Si somos unos niños! Más bien nos da terror subir por miedo a que se roben nuestras almas.

–¿Robar almas? ¡Si apenas sabemos caminar sin tropezar las raíces de los árboles!



¡JA JA JA!, rieron los dos. Los pájaros, que estaban dormidos en las copas de los árboles, salieron volando por el sonido de la risa.

–Ven conmigo –le dijo el chaneque René–, te voy a llevar a mi pueblo. Te mostraré la tienda de los dulces para que comas la galleta de cereza bailarina, que es mi favorita.







Pero René, el niño, aunque tenía muchas ganas de ir y comer la galleta de cereza que también era su favorita, sabía que debía regresar pronto si no quería tener a sus padres y a todo el pueblo buscándolo por las calles.

–Mañana regreso. Ahora tengo que bajar. Mis padres se preocuparán por mí si no vuelvo temprano. ¿Puedo regresar mañana a esta hora? ¿Me guardarás una galleta bailarina?

–¡Claro que sí! Puedes venir cuando quieras. Solo debes acercarte al río, decir mi nombre y ahí estaré.

Y, antes de despedirse, René y René se dieron un abrazo y chocaron las manos en señal de amistad:

–Somos amigos –le dijo René, el niño, dándole su mochila.

–Somos hermanos –le respondió René, el chaneque, poniéndole su sombrero en la cabeza.

–Y gritaron al unísono sus nombres ante el gesto sonriente del río.



Al día siguiente René leyó su cuento frente a la mirada fascinada de todos sus compañeros de clase y recibió el aplauso admirado de su maestra. Todavía hoy le preguntan cómo hizo para escribir aquel final tan emocionante y de dónde sacó ese extraño sombrero con el que va al colegio todos los días.



Él podría decir que es de un amigo mágico que vive en la montaña y se llama como él, que es de un hermano duende que vive en el río y al que visita de tarde en tarde, pero él prefiere darle su lugar a la fantasía y decir que sacó la historia de un libro y aquel fue un sombrero que le regaló su abuelo.



El lugar del tesoro



Cuando el viejo Alberto entró en la cueva aquella noche no se imaginó todo lo que sucedería después. Nadie, o al menos no con vida para contarlo, había podido encontrar aquel cofre maravilloso lleno de monedas de oro y joyas de tiempos remotos.

Se hablaba mucho de aquel tesoro, incluso algunos se atrevían a dar nombres de viajeros y exploradores que dedicaron sus vidas a buscarlo, pero no había mapas, fotografías, siquiera testimonios en los antiguos libros de la biblioteca: todo parecía una de esas leyendas que saltan enmascaradas entre los oídos de la gente.



El viejo Alberto vivía solo en una modesta casa a las afueras del pueblo. Todos sus familiares se habían ido años atrás a probar suerte en la ciudad, por lo que solo quedó en compañía de Colmillos, su perro, y de Suárez, un viejo bonsái que, como un niño que le quedase pequeña la ropa, casi quería salirse de su porrón.



Los ladridos del perro y algún hilo de lluvia que acariciaba de cuando en cuando el techo de zinc, eran los sonidos que acompañaban las solitarias noches del viejo Alberto.



La siembra aquellos meses no había sido buena. Tampoco le había resultado vender golosinas todos los domingos en la puerta de la iglesia. Estaba cansado y ya los años y el cuerpo le susurraban una triste verdad: debía quedarse como los abuelos a descansar en casa.





Fue ahí, mientras dormía una siesta, cuando tuvo la visión que se le presentó como una ráfaga: el tesoro de la cueva.





¡El tesoro de la cueva! ¡El tesoro de la cueva!, gritó al levantarse de la cama. Agarró a Colmillos y a Suárez y bailó con ellos, elevándolos al aire como si fueran juguetes: ¡El tesoro de la cueva! ¡Ya sé dónde está el tesoro de la cueva!

Colmillos lo miraba con ojos de desconcierto. El viejo bonsái, de haber tenido voz, le habría preguntado: ¿Cómo es que sabes dónde está el tesoro, viejito bonachón? Y él, testarudo y sortario como era, respondería: porque lo vi en mi sueño.

Y así fue. Un valiente guerrero purépecha se le presentó con una deslumbrante antorcha de fuego azul y le indicó el camino a seguir dentro de la oscura cueva.





El tesoro, que los antiguos pobladores de aquella tierra habían escondido antes de la llegada de los españoles, estaría detrás de una inmensa piedra marcada con la huella de una mano de mujer y la silueta de un anillo de jade. El guerrero, al final del sueño, le dijo: “Los dioses son generosos. Podrás llevarte todas las joyas y monedas, pero deberás dejar el cofre para que ellos vengan a llenarlo después”.



El viejo Alberto, sin dejar que aquella revelación se esfumara de su memoria, decidió subir esa misma noche a la montaña y adentrarse en el rincón más profundo de la cueva. Empezó su viaje con Colmillos (el bonsái Suárez prefirió esperarlos en la casa), una linterna y un abrigo de lana. El viaje sería corto y ya, al despuntar las primeras luces del amanecer, volvería a casa hecho el hombre más rico de la región.

El cielo, ya avanzada la madrugada, estaba más claro que de costumbre. Aquello era otra buena señal de la naturaleza y de los generosos dioses del guerrero purépecha. En la entrada de la cueva, después de que un ladrido de Colmillos confirmó con sus ecos la hondura del camino por venir, el viejo Alberto encendió la linterna y se adentró en la oscuridad.





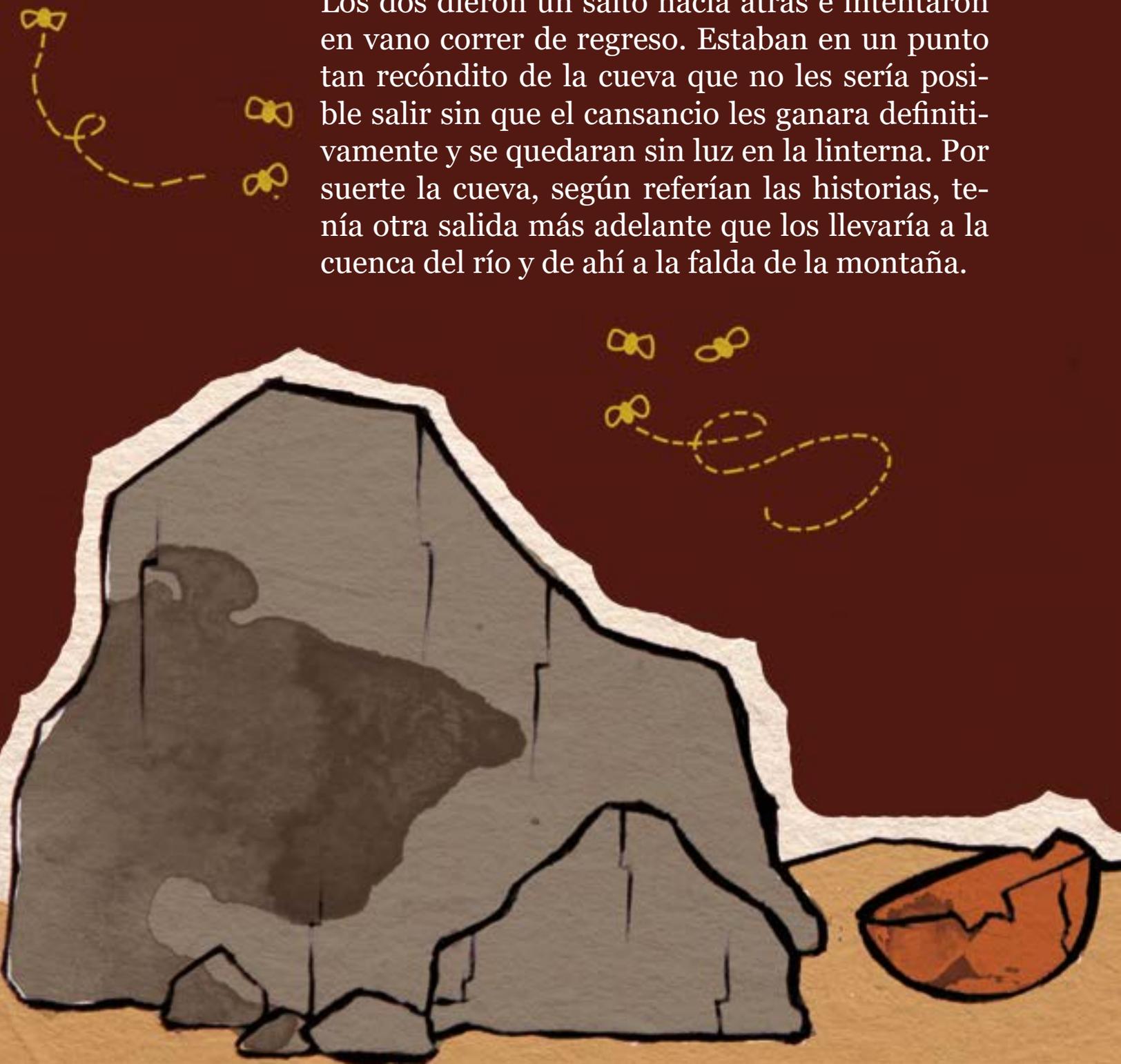


Piedras, vasijas rotas e insectos brillantes se atravesaban en el camino. El perro trotaba a la delantera y le iba mostrando a su amo todo lo que conseguía: pequeñas figuritas de barro, hojas secas, sonajas, y hasta llegó a traer en la boca un colorido pedazo de tela, que parecía ser de un huipil. Así continuó hasta que su nariz curiosa chocó con un objeto frío, redondo y polvoriento.



El viejo Alberto alumbró el hallazgo: no era una piedra: era un terrorífico cráneo humano.

Los dos dieron un salto hacia atrás e intentaron en vano correr de regreso. Estaban en un punto tan recóndito de la cueva que no les sería posible salir sin que el cansancio les ganara definitivamente y se quedarán sin luz en la linterna. Por suerte la cueva, según referían las historias, tenía otra salida más adelante que los llevaría a la cuenca del río y de ahí a la falda de la montaña.



Continuaron entonces su camino, esta vez sin detenerse mucho, pero con una sensación de miedo que les iba quitando el aire poco a poco. De no ser por lo que pasó un instante después, habrían abandonado definitivamente todas sus esperanzas.



En uno de los escondrijos de la cueva, Colmillos halló una gigantesca pared cubierta por un manto de tierra negra. El viejo Alberto apuntó con la linterna y, al acercar el rostro, notó que no era una pared sino una inmensa piedra que, al quedarse desnuda del polvo, dejaba ver unas marcas que parecían la mano de una mujer y la silueta de un anillo de jade.





¡Encontramos el tesoro, Colmillos! ¡Lo encontramos!, le dijo al perro que, de tanto jadear, parecía estar desternillándose de risa. ¡Ven y ayúdame!, le ordenó, hasta que entre las manos del viejo y las patitas del perro lograron limpiar toda el contorno de la roca.



Para sorpresa de ambos, la piedra no estaba pegada al suelo y un leve empujón bastó para moverla y abrir otro camino, aún más oscuro y estrecho. Entró primero Colmillos y luego el viejo Alberto, a quien lo angosto del túnel casi terminó por cortar la respiración.







Después de varios minutos que tomaron forma de siglos, llegaron a un amplio recinto circular cruzado por una misteriosa corriente de aire, y ahí, detrás de una fila de flamas azules y una ofrenda de flores de colores vivos, estaba lo que tanto habían esperado: el gran tesoro de la cueva.

El viejo Alberto, sin poder creer todavía lo que estaba ante sus ojos, corrió hacia el cofre y lo levantó en señal de triunfo. Una indescriptible fuerza lo hizo cargar el tesoro con una mano y con la otra apuntar con la linterna hacia la salida.

¡Vamos, Colmillos, volvamos a casa! ¡Somos ricos!, le dijo a su amigo, y no había terminado de dar un paso cuando un monumental estruendo, que parecía venir del techo del salón, le entró por los oídos y le hizo perder el equilibrio. Al intentar retomar el camino, sucedió un fuerte temblor que terminó por lanzarlo al suelo y echar a rodar el cofre.

Colmillos echó a correr hacia su amo, que estaba aún mareado en el suelo, y tocó con el hocico varias veces para mostrarle lo que traía en la boca: un hermoso collar de oro con piedras de obsidiana.







El viejo Alberto, entre el mareo y la maravilla, tomó la joya entre sus manos y caminó hacia el cofre abierto, que desbordaba oro y piedras preciosas por doquier. Guardó el tesoro de nuevo en el cofre, lo puso bajo su brazo y comenzó a trepar hacia la salida. A mitad de camino se dio cuenta de que algunas piedras se habían desprendido hasta obstaculizar el paso. La gigantesca roca de la entrada, que antes les había dado generosamente el paso, ahora bloqueaba por completo el camino.



¿Qué ocurrió? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cómo voy a salir de aquí?, se preguntaba el viejo Alberto. Trató de empujar las paredes del recinto, intentó mover algunas piedras y buscó el origen de la misteriosa corriente de aire, pero no logró más que cansancio y preocupación.

Mientras iluminaba el camino para encontrar otra salida, se percató de que entre las piedras caídas había un espacio que permitía llegar hasta la gran roca y de ahí al resto de la cueva. Él no cabría en ese hoyo, pero su fiel amigo sí.



De modo que agarró a Colmillos, le puso la linterna en la boca y le dijo: “Sal de la cueva y pide ayuda. Tú podrás encontrar el camino de regreso y salvarnos”. Y así el perro saltó hacia el túnel, cruzó las piedras caídas, escarbó la tierra y logró pasar por debajo de la gran roca. En pocos instantes se perdió de la vista expectante de su amo.



Afuera de la cueva ya había amanecido. La luz matinal se esparcía por la tierra con todo su esplendor.

La niña Eliana, que iba hacia el río con su mamá, se detuvo ante unos ladridos que venían de lejos. Mientras intentaba descifrar el origen de aquellos sonidos, se le atravesó Colmillos brincando y moviendo la cola para llamar su atención.



¡guau... guau!
guau... guau... guau



La mamá, asustada, se interpuso para evitar que le hiciera algún daño a su hija, pero Colmillos estaba ahí por una razón más importante: tenía que salvar a su amo.

–¿De dónde vienes, perrito? –le preguntó Eliana, y Colmillos, como si quisiera contarle todo, abrió la boca y le puso la linterna del amo a sus pies.

–¡No lo toques, hija!

–¡Es una linterna, mami! ¡Mira! –exclamó Eliana intentando en vano encenderla–. Este perrito no anda solo. Su dueño debe estar muy cerca de aquí.

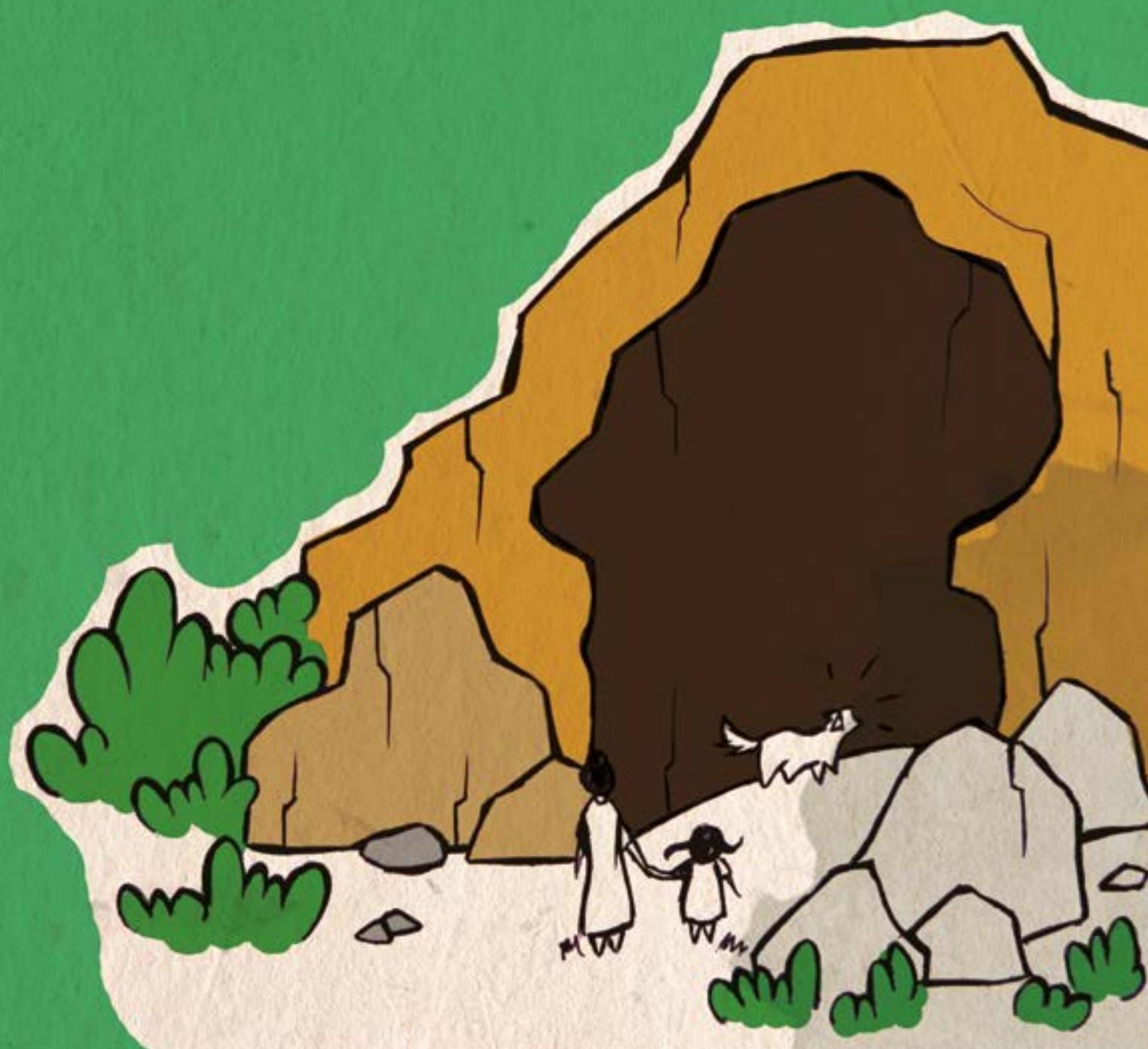


Ahora Colmillos hacía movimientos ansiosos y mordía insistentemente el pantalón de mamá.

–¿A dónde quiere llevarnos este perrito? –le preguntó a Eliana.

–No lo sé, pero tiene algo que mostrarnos. Vamos con él, mami. ¡Tenemos que ayudarlo!

Comenzaron a caminar y, en unos metros más, Colmillos se detuvo. El asombro se apoderó de Eliana y su mamá: estaban frente a la cueva: la oscura y peligrosa cueva de las leyendas.



–No puedes entrar ahí, perrito. Es muy peligroso –le advirtió mamá a Colmillos mientras trataba de detenerlo con el pie.

–¿Qué ocurre, amiguito? ¿Vives ahí en la cueva? –le preguntó Eliana, pero Colmillos insistía y ladraba hacia la oscuridad de la sin escucharla. Luego se dirigió a mamá y le dijo: Quiere que entremos con él.

Mamá protestó y le contestó con firmeza que de ninguna manera entrarían en esa cueva y que nada tenían que buscar ahí. Después de agarrar a Eliana del brazo y darle una palmadita en el hocico al perro, retomó su camino hacia el río.

Colmillos, como era de esperarse, no se despegó de ellas: a ratos le mordisqueaba los talones a mamá y se metía entre las piernas de Eliana para que no se olvidaran de su inquietud. La niña le hablaba en todo el camino y, de haber insistido un poco más, le hubiese sacado un ladrido en español canino.



Después de mucho caminar, llegaron a las orillas del río. El magnífico silencio de aquel paraje les devolvía sus palabras envueltas en un eco casi musical.

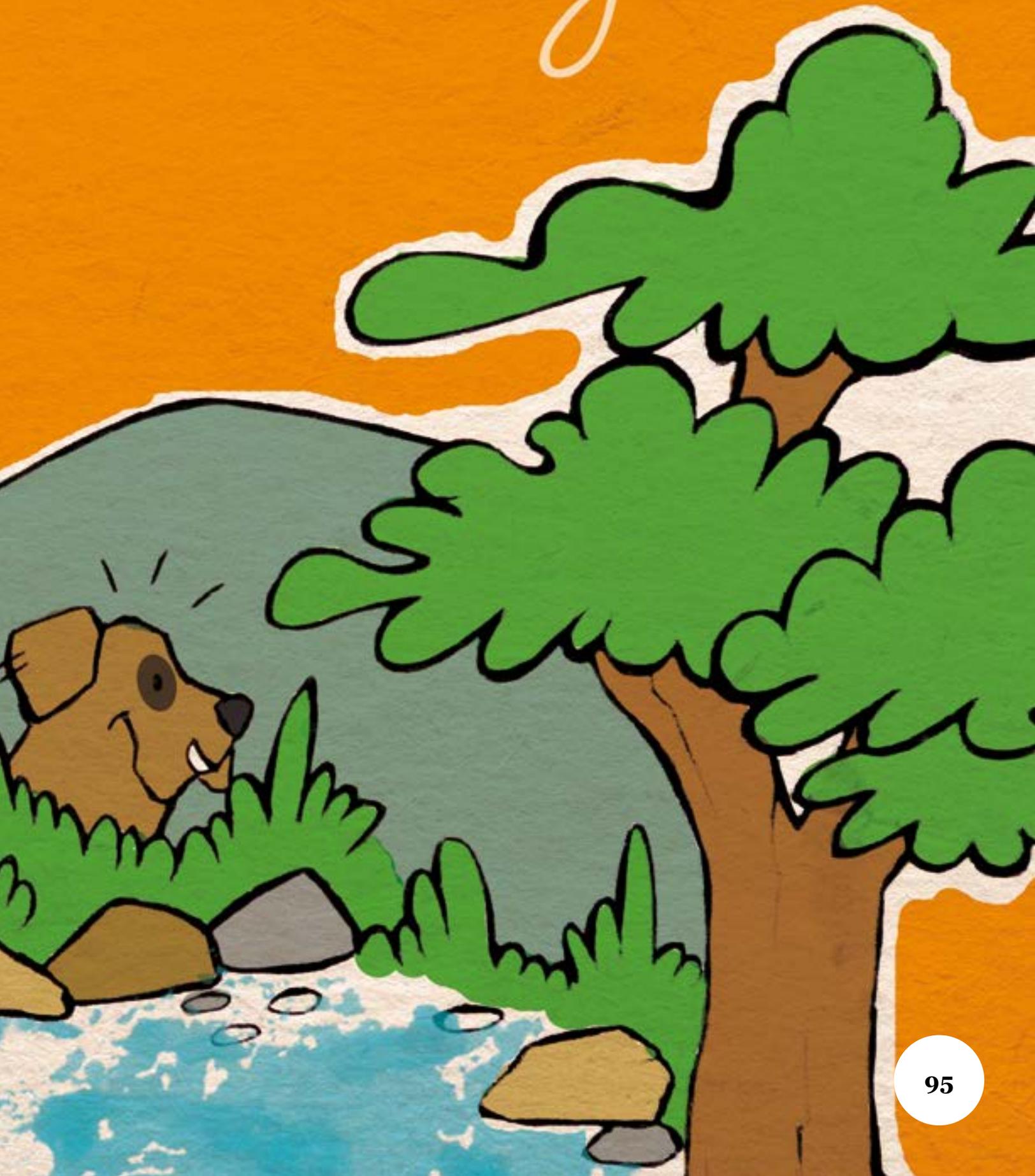
ayuu

Justo cuando se sentaron y metieron los pies al agua, escucharon el eco lejano de una voz que parecía venir de entre las piedras. Colmillos se puso firme, dio tres vueltas persiguiendo su cola, y siguió en carrera el rastro de la voz.

¡Auxilio! ¡Ayúdenme!, decían las piedras que parecían hablarle al vacío. ¡Ayúdenme!, repetían ante el asombro de Eliana y su mamá.



daaaa... ayudaaa.



De un momento a otro, Eliana se escapó de la vista de mamá y echó a correr detrás de Colmillos. Mamá, al ver la velocidad y la determinación de su hija, no tuvo otra opción que andar también tras ellos.

La voz, mientras se iban alejando del río, se hacía más y más cercana. ¡Auxilio!, exclamaban las piedras, y Colmillos respondía con un hondo aullido.

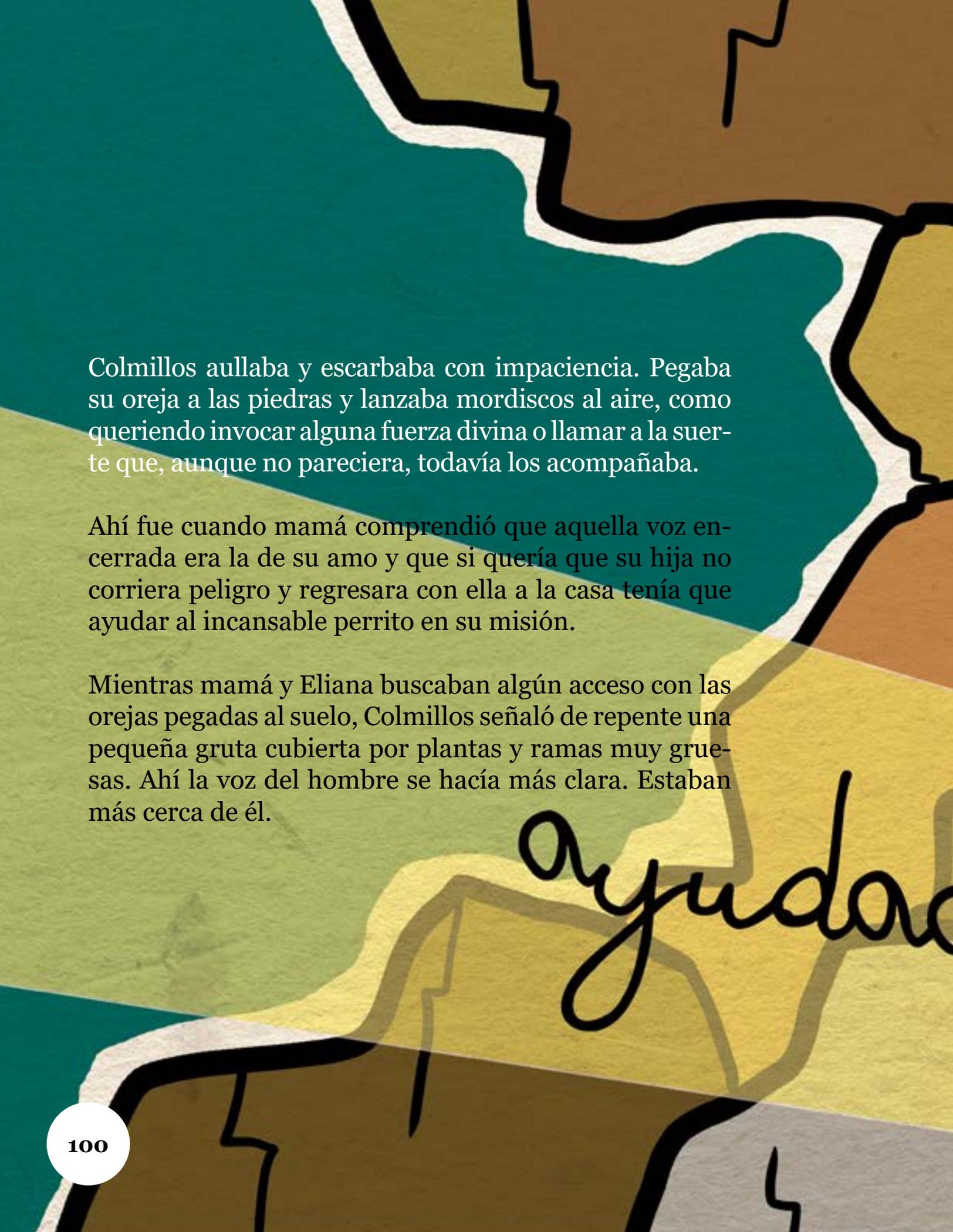






Al fin, al llegar a una montañita de piedras en forma de ojos y estrellas, Colmillos se detuvo y Eliana notó que no eran las rocas las que gritaban, sino un hombre que estaba debajo de la tierra.

–¡Escucha, mamá, escucha! exclamó cuando vio llegar a su mamá– ¡Es la voz de un hombre! ¡Hay que ayudarlo!



Colmillos aullaba y escarbaba con impaciencia. Pegaba su oreja a las piedras y lanzaba mordiscos al aire, como queriendo invocar alguna fuerza divina o llamar a la suerte que, aunque no pareciera, todavía los acompañaba.

Ahí fue cuando mamá comprendió que aquella voz encerrada era la de su amo y que si quería que su hija no corriera peligro y regresara con ella a la casa tenía que ayudar al incansable perrito en su misión.

Mientras mamá y Eliana buscaban algún acceso con las orejas pegadas al suelo, Colmillos señaló de repente una pequeña gruta cubierta por plantas y ramas muy gruesas. Ahí la voz del hombre se hacía más clara. Estaban más cerca de él.



aa... ayudaaa...

Quitaron algunas piedras, retiraron las ramas más grandes y, detrás de una cortina de agua clara, vislumbraron un oscuro túnel que conducía hacia un rincón muy profundo.

Lo lograron: habían descubierto la salida de la cueva.

Aquel era el oculto pasadizo que daba hacia el río y por donde se colaba la misteriosa corriente de aire que había mantenido al viejo Alberto con vida. Todos hablaban de ella, pero nadie había descubierto esa salida de la cueva. A veces, solo la mágica intuición de los animales puede desentrañar los secretos de la naturaleza.

¿Colmillos?, dijo de pronto la voz del hombre que estaba debajo de la tierra. ¿Colmillos? ¿Eres tú?

Y el perro, después de dar un brinco de emoción, se adentró velozmente en el túnel.



Eliana y su mamá trataron de seguirlo con la vista, pero no alcanzaron a ver más que sombras y piedras juntándose en la penumbra.

¿A dónde fue, mamá? ¡Quiero ir con él!, exclamó Eliana inquieta, y ya se disponía a entrar al túnel a salvarlo, cuando salió Colmillos y, detrás de él, el viejo y cansado Alberto, que apenas podía mantenerse en pie.

—¡Señor! ¿Qué le pasó? ¿Está usted bien? —preguntó mamá con gran preocupación.

—Me quedé encerrado en la cueva —respondió—. Hace mucho que estoy ahí dentro.

—¿Y qué hacía usted en un lugar tan peligroso como este, señor? ¿No conoce las historias terribles que se cuentan aquí?

—Vine a buscar mi tesoro —afirmó el viejo Alberto, ahora con una gran tristeza que le abrazaba el rostro—. Mi tesoro.

—¿Un tesoro? —intervino Eliana.

—Sí. El tesoro de la cueva. Está allá abajo. Yo lo vi. Yo lo tuve entre mis manos.



–¿Hay un tesoro en la cueva, mamá? –preguntó Eliana con creciente emoción.

–Así es. Dicen que hay un gran tesoro que pertenecía a los antiguos pobladores de la montaña y que solo aquel que sea capaz de tomar todas las joyas sin llevarse el cofre, será capaz de regresar con vida. El que no, estará condenado a quedarse encerrado eternamente en la cueva.

El viejo Alberto recordó las palabras del guerrero purépecha en su sueño y de pronto entendió por qué la cueva le había impedido salir.





–¡Hay que regresar por el tesoro! –exclamó el viejo, tratando torpemente de levantarse–. Ya sé cómo recuperarlo y salir de la cueva. ¡Tengo que volver por él!

–El tesoro es solo un relato de los antiguos guerreros para alertar sobre la codicia de los hombres –respondió mamá, ayudando al viejo Alberto a levantarse–.

–¿La codicia? –intervino Eliana.

–Sí, hijita, cuando un hombre consigue un tesoro no es capaz de tomar de él lo que necesita. Trata en su lugar de llevarse todo y despilfarrarlo. La condición de dejar el cofre es una gran prueba.



El viejo Alberto la miraba detenidamente. Interrumpió de pronto y dijo:

–¿Una prueba de qué? Si usted viera el tesoro... ¡Es imposible cargarlo sin el cofre!

–Justamente por eso. Nadie debe robar lo que otros dejaron en manos de la naturaleza. Si ese tesoro de verdad existe, pertenece a nuestros antepasados, a sus dioses y a su tierra. Y la prueba es esa: valorar lo que otros nos dejaron y respetar las manos de quienes lo trajeron aquí. Venga –agregó mamá al ver el rostro compungido del viejo Alberto–. Yo le mostraré dónde está el verdadero tesoro.



Y caminaron largo rato hasta descender la montaña. En el camino, Colmillos jugaba alegremente con la niña Eliana, mientras el viejo Alberto y mamá conversaban y admiraban la claridad de aquel memorable día.

Llegaron por fin a la casa de ellas. Eliana y Colmillos continuaron su juego en el jardín y mamá invitó al viejo Alberto a sentarse en la mesa. Sabía que tenía hambre y frío, por eso le sirvió chocolate caliente, galletas dulces y ese delicioso pastel de melocotón que era su especialidad.

Después de comer, mientras tomaba la segunda taza de chocolate, el viejo Alberto le preguntó:



–¿Dónde está el tesoro que iba a mostrarme?

Y mamá, sin decir palabra, se acercó y le puso la mano en el pecho:

–Aquí –dijo, y le señaló el corazón.

El viejo Alberto se asomó a la ventana y vio a su fiel amigo jugando con la niña Eliana. Regresó la mirada y vio la sonrisa de mamá que se posaba frágil y liviana sobre la suya.



De pronto la familia se hizo más grande.

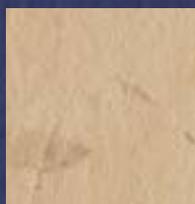
Colmillos y el bonsái Suárez ya no serían sus únicos compañeros.

Sí, había encontrado el tesoro.







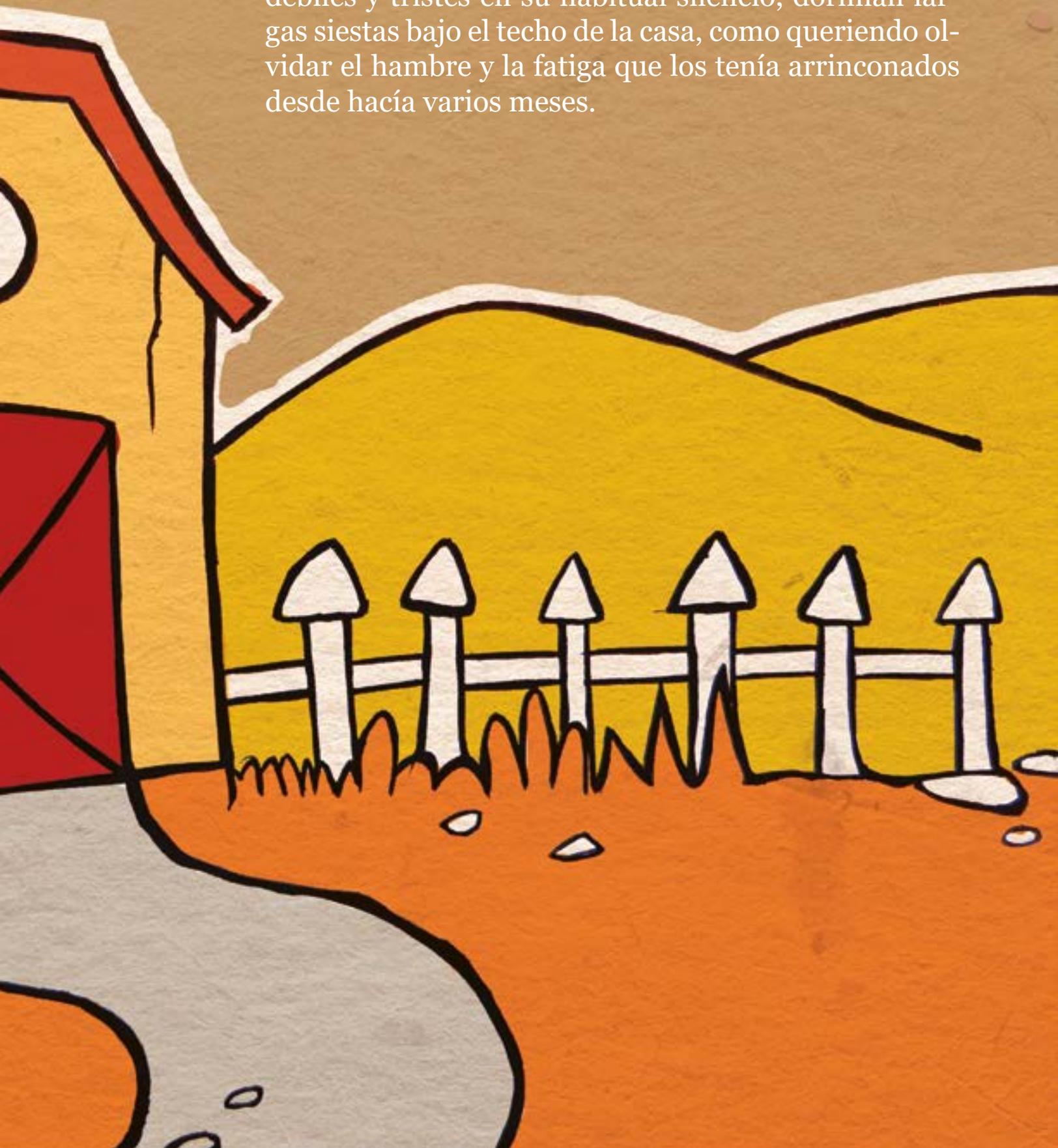


Bailar para la lluvia





El calor y la sequía no habían cesado en todo el año. Las plantas y los árboles alzaban sus ramas sedientas implorando al cielo un poco de agua. Los animales, débiles y tristes en su habitual silencio, dormían largas siestas bajo el techo de la casa, como queriendo olvidar el hambre y la fatiga que los tenía arrinconados desde hacía varios meses.





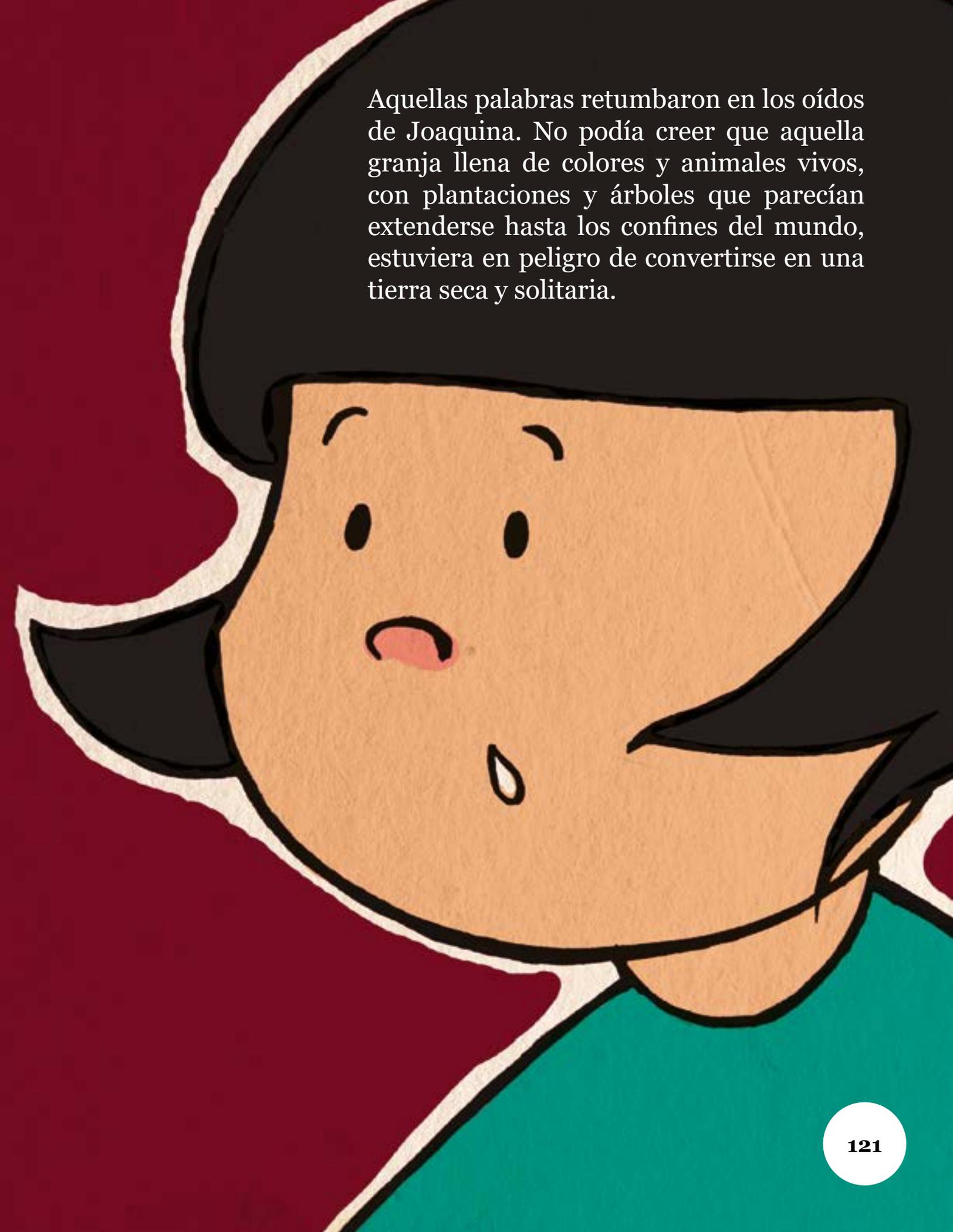
Joaquina, acostumbrada a distraerse imaginando reinos de aventura y lejanos países fantásticos con los animales, veía esta triste imagen todas las tardes. Los cerditos ya no querían jugar con ella, las gallinitas y las vacas se escondían detrás de la cerca para que no las molestaran, y el bello caballo que engalanaba la granja no parecía querer despertar de su larga siesta. Solo un insistente morrocoy se daba lentamente al juego de la niña, pero cada día parecía estar más y más fatigado.



Los padres de Joaquina, al verla un día afligida frente a los animales dormidos, le dijeron al fin la verdad:

-Hijita... Los animales ya no tienen nada para comer. La larga sequía nos ha hecho perder las pocas cosechas que teníamos. Si no llueve en estos días, los animales pueden morir y nosotros no tendremos siquiera comida para nosotros.



A stylized illustration of a young girl's face. She has dark hair, large black eyes, and a small pink mouth. Her expression is one of shock or surprise, with wide eyes and a slightly open mouth. A single tear is visible on her cheek. She is wearing a teal shirt. The background is a solid dark red color.

Aquellas palabras retumbaron en los oídos de Joaquina. No podía creer que aquella granja llena de colores y animales vivos, con plantaciones y árboles que parecían extenderse hasta los confines del mundo, estuviera en peligro de convertirse en una tierra seca y solitaria.

¿Y sus padres? ¿Cómo vivirían sin la granja? ¿Acaso la vida feliz que llevaban hasta ahora podría mantenerse sin la generosidad del suelo y la naturaleza?

Las respuestas a estas graves preguntas no eran alentadoras.





En la escuela, escuchaba de sus amiguitos historias parecidas:

-No hemos podido sembrar nuevas semillas -decía uno.

-El calor hizo que nuestro jardín se seicara -decía el otro.

-Mis perritos aúllan de hambre toda la noche -agregaba aquél.

Y ella iba sintiendo cada vez más la fuerza de una desconocida inquietud. Era como si una voz, que venía de muy lejos, le susurrara al oído: “Haz algo”.



¿Pero qué podía hacer una niña de diez años por todo un pueblo? ¿No sería aquella voz, más bien, una invención como otras tantas de ella? Sí, es eso, pensó, y trató de seguir tranquila los días siguientes. Pero la inquietud seguía ahí.







A pocas casas de la suya vivía Agustín, un jovencito inteligente y bienhumorado a quien apodaban “El pensador”, y que siempre tenía una respuesta brillante para todo. “Es porque leo ocho libros al día”, decía entre risas a quienes se quedaban asombrados por su curiosa imaginación.





Él y Joaquina eran los mejores amigos desde muy niños y los dos sabían cómo encontrar la solución a cualquier problema: ella con su arrojo y su energía, él con sus conocimientos.

Fue así como lograron darle un giro fascinante a la historia y devolver la alegría al pueblo.



–Oye, Agustín, no he dejado de pensar en la granja todos estos días. No sé qué hacer para ayudar a mis padres –le dijo Joaquina a su amigo una tarde mientras merendaban en la plaza.

–¿Has intentado sembrar en el techo? He leído que las plantas se oxigenan mejor y reciben la cantidad perfecta de luz en el día.

–¿En el techo? –preguntó Joaquina al borde de la risa- ¡Por supuesto que no! No sería suficiente. Harían falta muchas casas para poder recuperar todo el huerto de papá.

–Mmmm.... Entiendo... ¿Y has probado inventar un sistema de riego a base de frutas frescas? Tengo un libro que afirma que las frutas están llenas de agua. Tal vez, si tomáramos las frutas del mercado, podríamos exprimir las en una gran máquina y...

–¡Por favor, Agustín! ¡Hoy no estás tan inteligente como siempre!

–Ja, ja, ja, es que apenas llevo tres libros leídos hoy –respondió Agustín bromeando-. Pero, ahora que recuerdo, sí hay algo que podría funcionar...

–¿Qué es?

–Sabes que yo no creo mucho en esas cosas, pero...

–¡Ándale, Agustín! ¡Dime!



–En la biblioteca de la escuela había un libro de historia que hablaba de “La Bajada de la Cruz”. Al parecer se trata de una costumbre ancestral del pueblo para pedir la abundancia de las lluvias. Dice la leyenda que si subes a la montaña y bailas en la fiesta, el cielo obedece y deja caer el agua –continuó Agustín–. Yo, de veras, no creo mucho en esas historias. Prefiero las verdades de los libros de ciencias que...



–¿Y cuándo se celebra? –interrumpió Joaquina intrigada, sin escuchar su perorata que ya presentía larga y tediosa.

–Pues creo que ya pasó por este año. Dura nueve días, si no me equivoco. Pero, ¿te das cuenta? ¡No ha llovido! Por eso te digo, no creas en esas historias. Son leyendas sin valor.

Y a pesar de que Agustín intentó largo rato convencerla de otras soluciones prácticas para atraer la lluvia, aquella tradición de La Bajada de La Cruz se quedó dentro de la mente y el corazón de Joaquina.

Billiote





Al día siguiente, después de incontables horas de dudas y pensamientos, Joaquina fue a la biblioteca del pueblo a consultar los libros y ahí confirmó lo que Agustín le había contado: La Bajada de la Cruz se celebraba todos los años en memoria de los antiguos pobladores de la zona, que rendían cultos y celebraciones para invocar la generosidad del cielo.



Tiene que ser verdad, se repetía a sí misma. Las tradiciones perviven por alguna razón y, aunque a veces la naturaleza castiga, también responde llena de belleza y esplendidez para los seres vivos de la tierra.

Antes de dejar el libro en el estante, Joaquina se acercó al bibliotecario.

–Señor... ¿Conoce usted la tradición de La Bajada de la Cruz?

–¡Claro, niña! Es una fiesta muy bella en donde baila todo el pueblo. ¿Por qué no estás ahí celebrando? –le respondió con amabilidad.

–¿Yo? Pues tendré que esperar para el próximo año –dijo Joaquina con tristeza.

–¿Hasta el próximo año? ¿Quién te ha dicho eso? ¡Mañana es el último día de la celebración! ¡Anímate y sube a acompañarnos! Yo estaré ahí para esperarte.



Sí, eso haré, eso haré, repetía Joaquina con determinación. Esos susurros que escuchó aquel día no eran más que el sabio consejo de la historia. Joaquina lo entendió muy pronto: las tradiciones están ahí para recordarnos las infinitas posibilidades de la vida.



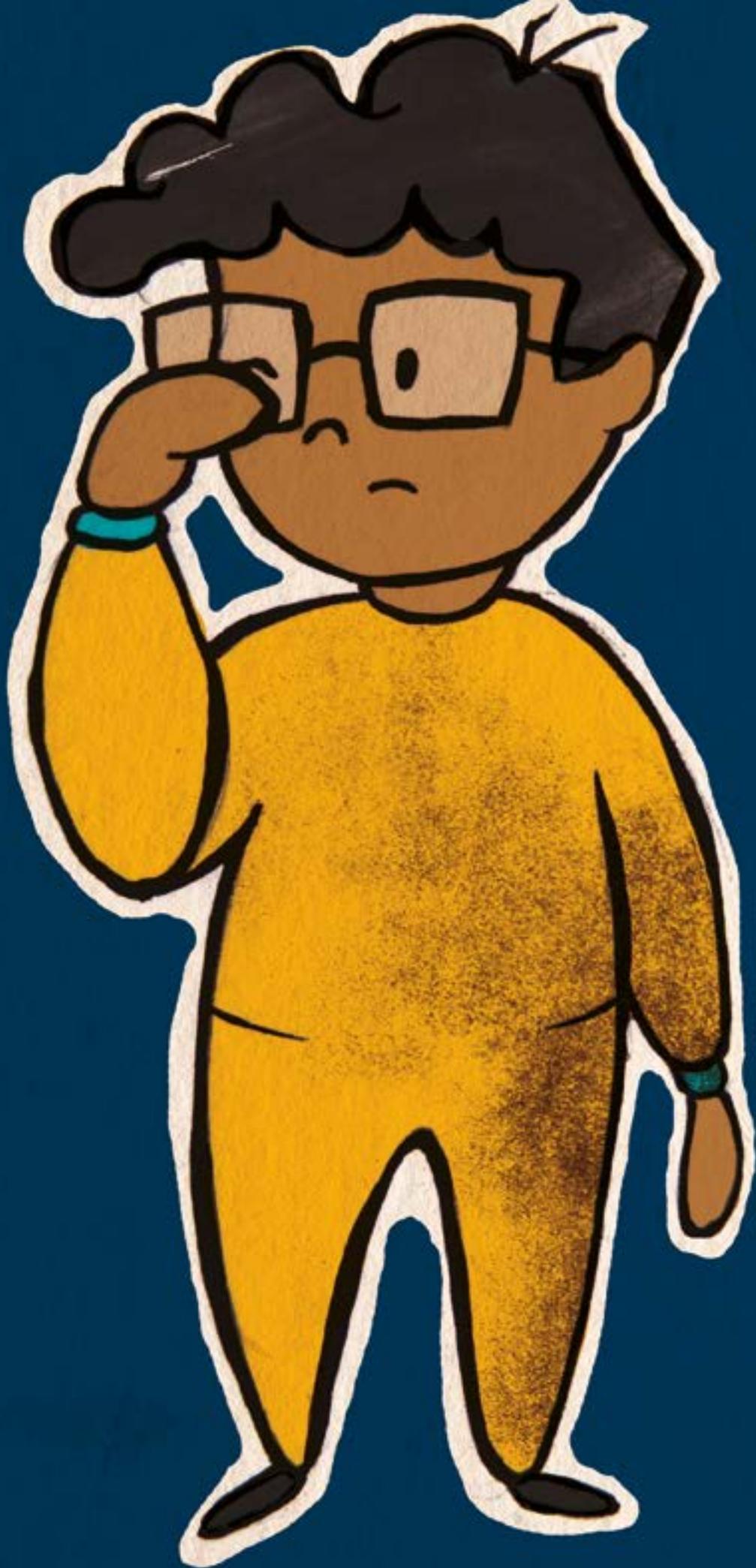
Al amanecer se vistió con emoción, dejó una notita a sus padres sobre la mesa, y salió tras su aventura, no sin antes pasar por la casa de Agustín para despertarlo y obligarlo a que fuera con él.

ya vuelvo



Agustín sabía lo difícil que era oponerse a la voluntad de Joaquina, por lo que no opuso mayor resistencia a las piedritas que escuchó en la ventana de su recámara y, en pocos minutos, adormecido y con apenas una chamarra sobre su pijama, salió de su casa y emprendió el camino con ella.





z z z



Al llegar, la celebración ya había comenzado. Había mucha gente y ya se escuchaban los primeros compases de la música. Alcanzaron a la multitud casi a mediodía y el ambiente festivo se esparcía por todas las montañas.



–Y ahora, ¿qué hacemos, Joaquina? – preguntó Agustín mientras veía la algarabía de la gente.

–Pues... buscar al señor de la biblioteca. Él me dijo que estaría aquí esperándome.



–¿Rodrigo? ¿El señor Rodrigo?

–¡Míralo, ahí está! –exclamó Joaquina señalando al bibliotecario, que ya se acercaba a ellos.

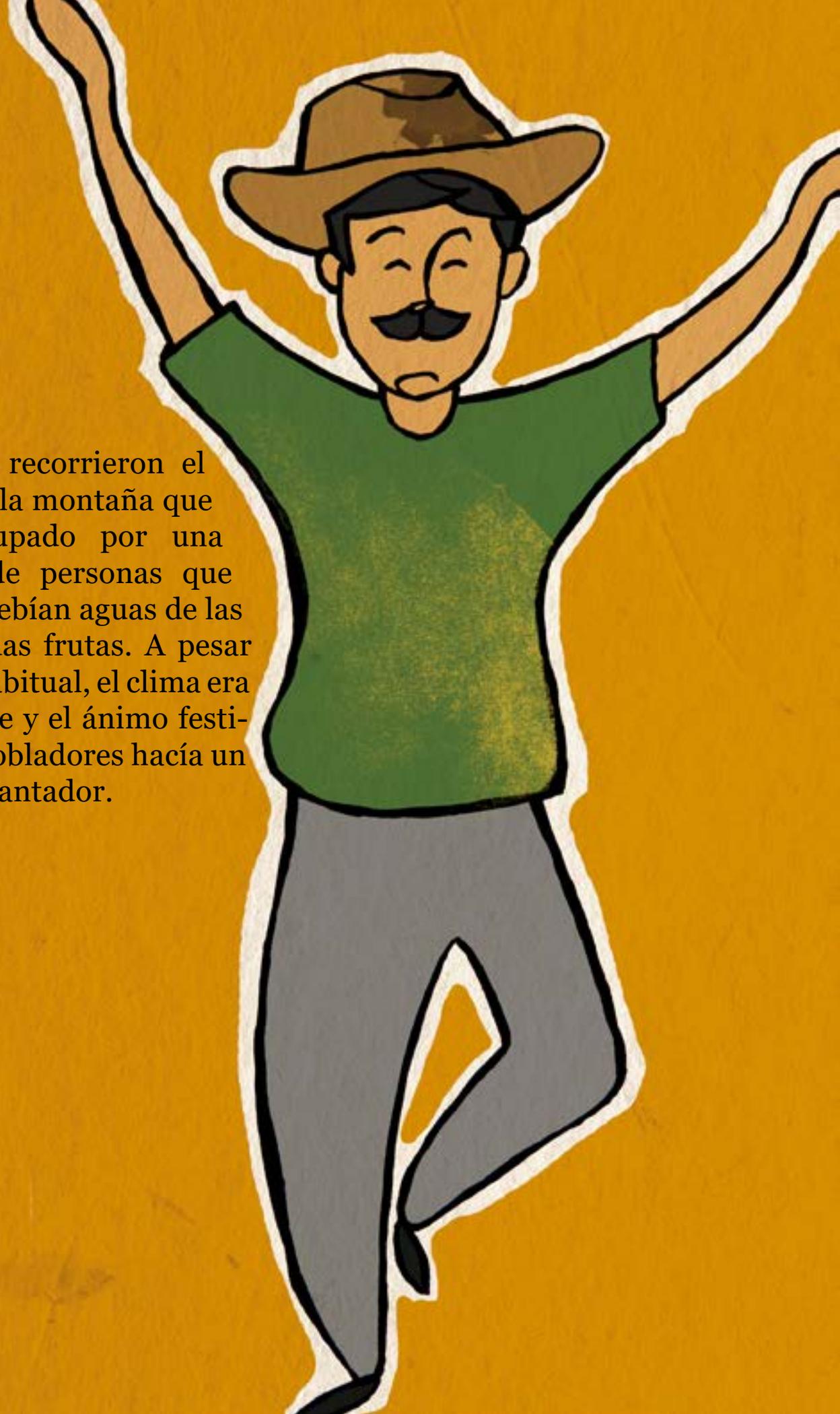
–¿Cómo están, niños? ¡Qué bueno verlos aquí! –les dijo el señor Rodrigo-. ¿Están listos para la celebración?

–No sabemos muy bien qué debemos hacer –respondió Joaquina.

–Vengan conmigo. Yo les enseñaré.



Y los tres recorrieron el espacio de la montaña que estaba ocupado por una multitud de personas que comían y bebían aguas de las más variadas frutas. A pesar del calor habitual, el clima era benevolente y el ánimo festivo de los pobladores hacía un cuadro encantador.





–Miren a esa pareja, niños –dijo el señor Rodrigo dirigiendo su dedo hacia una pareja de jóvenes que bailaban alegremente-; están haciendo el zapateo.

–¿El zapateo? –intervino Agustín con una risita entre los labios.

–Sí, el zapateo. Es el baile típico de esta fiesta. Miren cómo mueven los pies al ritmo de la música. Miren. ¿Se dan cuenta cómo sonríen y miran al cielo?

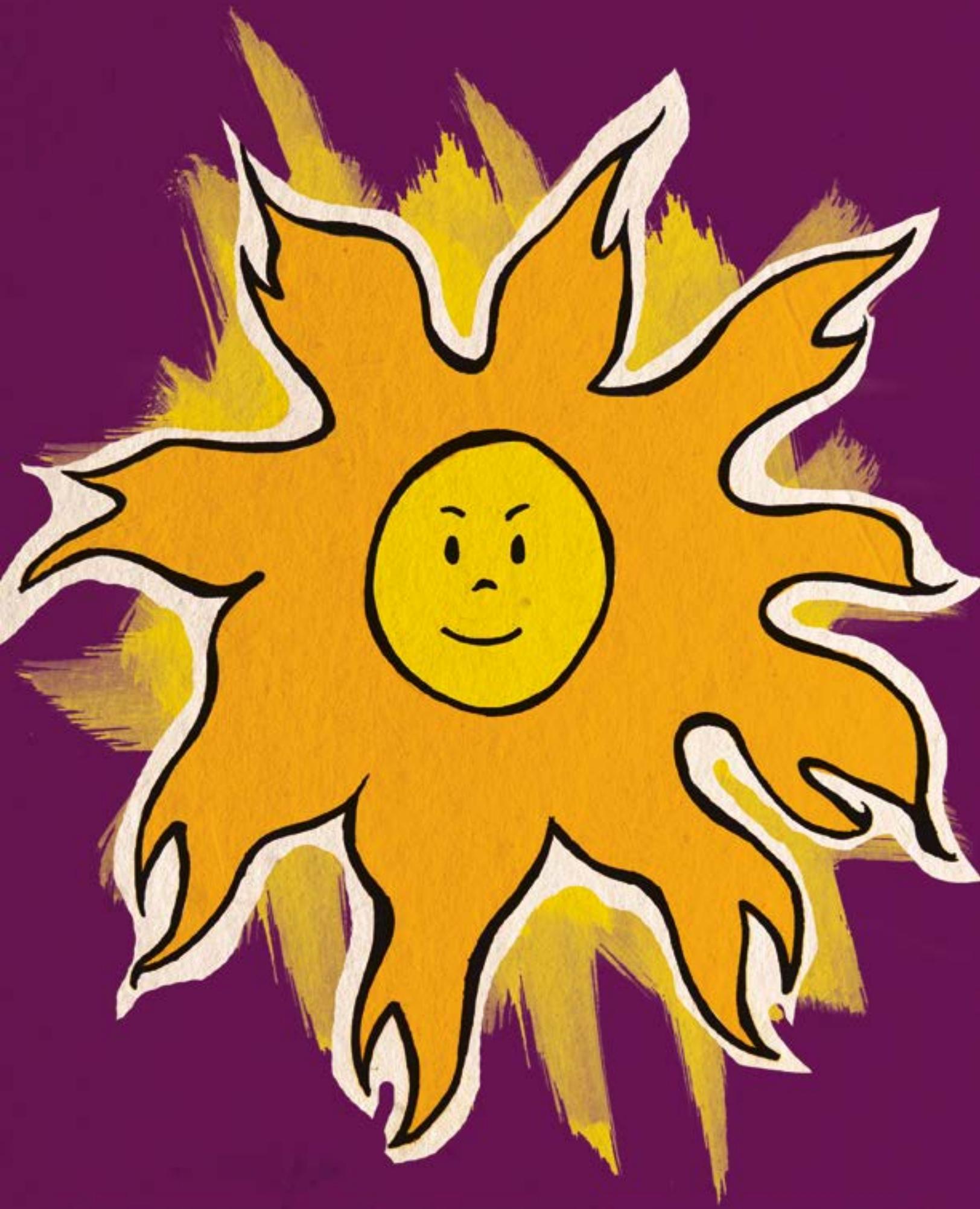
–Sí... Es tan lindo... -suspiró Joaquina.

–Están pidiendo la llegada de la lluvia. Es una manera muy antigua de agradecer lo recibido y pedir buenas cosechas a la naturaleza.

–Y si nosotros bailáramos, ¿tal vez podría suceder que...?

–¡Joaquina, por favor! Ya te dije que solo son tradiciones y cuentos antiguos –interrumpió Agustín, incrédulo como siempre-. Nada podría probar que fuera verdad.

–Yo no estaría tan seguro, niños. Hace muchos años, una gran sequía asoló las tierras del pueblo. Ustedes no habían nacido cuando eso, pero muchos de nosotros sí lo recordamos. Los animales morían de hambre y cosechas enteras se perdieron. No sabíamos qué hacer.



–Se parece mucho a lo que está pasando ahora –agregó Joaquina pensativa y con voz muy baja.

–Así es. Pero decidimos, como todos los años, subir a la montaña juntos y celebrar La Bajada de la Cruz con la convicción de que el cielo nos escucharía... Y, ¿saben qué pasó? ¡Al día siguiente una gran cascada de agua se desprendió de las alturas!





–¿Entonces sí llovió? –preguntó Agustín asombrado.
–¡Por muchos días! Los suficientes para recuperar la fertilidad de la tierra, volver a sembrar y alimentar a nuestras familias. Es una historia que aún hoy agradecemos bailando.







Aquel relato del señor Rodrigo conmovió a los dos niños. Miraban ahora con más atención a todas aquellas parejas que se movían al son de la música. Los pasos, las miradas y las risas se metían dentro de los instrumentos musicales y hacían estallar aún más hermosos sonidos.



Así de embelesados estaban, que no notaron el momento en que el señor Rodrigo se quitó su sombrero y se lo puso a Agustín en la cabeza en señal de invitación. Ese gesto bastó para que Joaquina saliera de su asombro, tomara por las manos a Joaquín y se uniera con el resto de las parejas a bailar.

Ni ellos se dieron cuenta del largo tiempo que bailaron. Fueron horas y horas que se hicieron instantes por la magia musical del zapateo. El resto de las parejas los miraban y los aplaudían, y estuvieron a muy poco de ser los mejores bailarines de la celebración.

Al terminar la música, Joaquina y Agustín regresaron a descansar, pero siguieron tarareando la melodía e inventando nuevos pasos de baile.

–¿Se divirtieron, niños? –les preguntó el señor Rodrigo al verlos reírse animadamente.

–¡Sí, muchísimo! –respondieron al unísono.

–Han dado una hermosa muestra de baile. El cielo los vio y estoy seguro de que responderá a tan graciosa celebración.

–Gracias, señor Rodrigo, ojalá y así sea –le dijo Joaquina abrazándolo.





–Tenga su sombrero, buen amigo. Creo que ya es hora de regresar –dijo Agustín, extendiéndole la mano en señal de amistad.

–Ustedes me han recordado una gran enseñanza, niños, y es el poder recordar y mirar el pasado con ojos nuevos para pedir con alegría que el futuro sea mejor. No olviden jamás lo que vivieron aquí hoy. Compartan la esperanza de todas estas personas y eleven siempre los mejores deseos para el pueblo y su gente. Llave o no llueva mañana, el regalo ya llegó para nosotros. El cielo, sabio como es, sabrá cuando premiarnos.





Y luego de darles un abrazo a los dos e invitarlos a merendar todas las tardes en la biblioteca, el señor Rodrigo les indicó el camino más corto para regresar.

Ya estaba atardeciendo cuando bajaron. El enorme sol poniente parecía rasgar el horizonte y cubrirlo con una preciosa sábana de colores cálidos.

Joaquina le repetía a Agustín lo bien que había bailado el zapateado en la fiesta y lo tomaba de las manos para cuidarlo de resbalar con las raíces y las piedras. Él sonreía ampliamente y trataba de no hablar mucho para no cansarse.

Hacía calor y el aire, aunque abundante, parecía tornarse cada vez más pesado.







Ya estaban llegando a la plaza del pueblo cuando Joaquina sintió una gotita que le mojó el cuello.

¿Qué haces, Agustín? ¡Deja de mojarme!, exclamó Joaquina con un tono divertido, y no había terminado de secarla cuando cayó otra, luego otra gota más y una última que se convirtió velozmente en un torrente de agua fría que los empapó por completo.

–¡Agustín! ¡Agustín! ¡Mira! ¡Está lloviendo! –exclamó Joaquina emocionada.

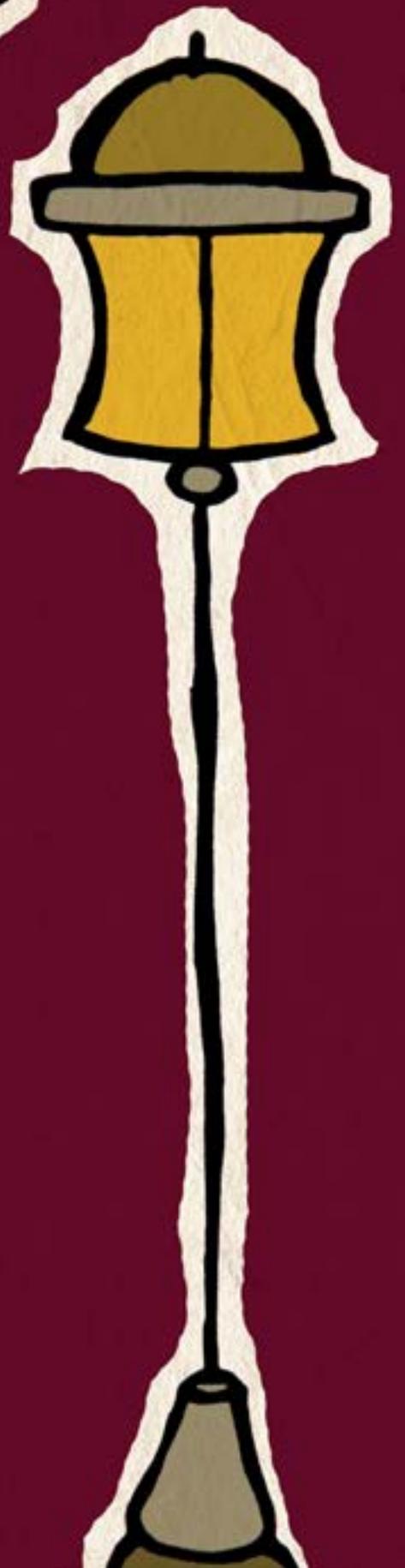
–Era verdad... -agregó Agustín asombrado.

–¿No es maravilloso? ¡Está lloviendo! ¡Al fin está lloviendo!

Y delante de sus ojos las gotas de lluvia caían imitando una extraña danza sobre el suelo.

–¿Bailamos? –le dijo Joaquina a Agustín, remedando una graciosa reverencia.

–¡Por supuesto! –respondió él, y los banquitos de la plaza, las flores contentas y los taciturnos postes de luz, vieron cómo aquellos niños bailaron el mejor zapateo que háyase conocido en aquellas tierras.





Lo que pasó después es ya conocido por todos. Los huertos volvieron a crecer en poco tiempo y los animales, con el ímpetu y la alegría renovados, le devolvieron la vida a las granjas.





Al verla llegar ese día empapada, saltando y riendo con su mejor amigo, los padres de Joaquina no tuvieron otra opción que abrazarla y darle una toalla para abrigoarla del frío.

A la pregunta obligada de mamá, ella respondió:

—Estaba bailando con el cielo. Le pedí que trajera la lluvia para ti.

